

lo, (1). Estas acciones de gracias, estos fuegos artificiales son una mancha tan negra como la matanza á cuya celebracion se consagraron. Se grabó una medalla para perpetuar el recuerdo de esta gloriosa jornada, llevando por el anverso el busto de Gregorio XIV y por el reverso el ángel exterminador inmolando á los hugonotes, con la leyenda: **MATANZA DE LOS HUGONOTES** (2). Pusiéronse á contribucion todas las artes para inmortalizar el triunfo de la Iglesia. El papa hizo pintar por Vasari y exponer en el Vaticano, "en lugar bien ostensible y preferente," un cuadro representando la matanza; este cuadro existe todavía en la galeria del Vaticano, y en él se lee esta inscripcion: *el papa aprueba la muerte de Coligny* (3). Por último, el cardenal de Lorena hizo poner en las puertas de la iglesia de San Luis una inscripcion concebida en estos términos: "Á Dios óptimo y grande, al muy bienaventurado padre Gregorio, papa XIII de este nombre,... Carlos IX, rey de Francia cristianísimo, inflamado de celo por el Señor, Dios de los ejércitos, súbitamente como un ángel perseguidor y divinamente enviado, habiendo exterminado EN CIERTA OCASION á casi todos los herejes de su reino y sus enemigos, en perpetua memoria de tan gran beneficio,... CUMPLIDO POR LA GRACIA DE DIOS; y previendo que esta gran felicidad denuncia y significa de cierto el restablecimiento de los negocios eclesiásticos y un vigor y flor de la religion que iba en decadencia y como marchita, por este gran beneficio da rendidas gracias á Dios óptimo y grande, aquí en la iglesia de San Luis, su predecesor," (4).

Como se ve, no hay en estos testimonios oficiales ni una sola palabra que haga referencia á una conjuracion de los hugonotes, ni por la cual se felicite el rey de haber escapado al cuchillo de los asesinos; las fiestas y las acciones de gracias, las medallas y las inscripciones exaltan la victoria del catolicismo sobre la herejía. Ahora bien, sabiase que esta victoria era el fruto de un espantoso asesinato; pues sostener que el duque de Lorena, hermano de los asesinos, ignoraba los detalles de aquella horrible tragedia, es cerrar de intento los ojos á la luz del sol para negarla. Los hechos que

(1) *Archives curieuses*, serie 1.^a, t. VII, p. 358.

(2) *Hugonotorum Strages*. Una copia de la medalla se encuentra en DE POTTER, *Lettres de Pie V*, p. XXII.

(3) *Pontifex Colignii necem probat* (MARTIN, *Histoire de France*, t. IX, p. 343).

(4) *Archives curieuses*, serie 1.^a, t. VII, p. 360.

siguieron á las fiestas romanas están en perfecta armonia con el sentimiento que las inspiró. El papa envió un legado á Francia para felicitar al rey; y ¿de qué se le felicitó? Cuando el representante de la corte de Roma llegó á Francia, la hecatombe de San Bartolomé era ya deplorada por los mismos que la habian aconsejado, no porque tuviesen remordimiento de conciencia, sino porque veian que el crimen habia sido inútil; y como trataban de hacerlo olvidar, recomendaron una gran reserva al enviado pontificio. Pero es difícil contenerse cuando rebosa un sentimiento del corazón: el legado no cesaba de glorificar á cada paso *la grandeza de alma del rey*: "LA SAN BARTOLOMÉ, decia, SERÁ MATERIA DE ELOGIO POR TODOS LOS SIGLOS," (1). Cuando el legado pronunció estas horribles palabras, se sabía á qué atenerse respecto del pretendido complot de los hugonotes, se sabía que la San Bartolomé no habia sido más que una horrible matanza: es, pues, la hecatombe como tal lo que enaltecia el embajador del papa como la más gloriosa de las acciones. Hay más: la matanza de Paris fué seguida de asesinatos en las provincias; jamas se ha reprochado, que sepamos, á los hugonotes de Lyon el haber conspirado contra la vida de Carlos IX, y jamas se ha negado que la muerte de los hugonotes en Lyon y en otras partes fuera una verdadera matanza. Pues bien, ¿qué hizo el legado? Presentáronle los asesinos: ¡EL PRINCIPE DE LA IGLESIA LOS FELICITÓ Y LES DIÓ SU BENDICION! (2).

II.

Á excepcion de algunos locos furiosos, los católicos condenan y execran hoy la San Bartolomé, sin advertir que la humanidad que les inspira los pone en contradiccion con la opinion católica del siglo XVI. En vano han tratado de dar otro sentido á los festejos con que se celebró en Roma la matanza; esa justificacion, aun cuando fuera admisible, seria todavía insuficiente. Si los sentimientos del mundo católico en el siglo XVI hubieran sido realmente tales como se supone, habria debido levantarse contra los asesinos una voz salida de la Iglesia. La fábula de la conspiracion ó de

(1) DE THOU, *Histoire universelle*, lib. LIV.—D'AUBIGNÉ, *Histoire universelle*, t. II, p. 71.

(2) *Archives curieuses*, serie 1.^a, t. VII, p. 341.

una agitacion popular, ó cualquiera otra impostura, podian bien engañar por un momento; pero bien pronto hizo luz la verdad. Admitamos que se hubiera tomado el fraude por verdad en el primer regocijo que causó en Roma la matanza de los hugonotes; cuando se conoció en seguida la verdad, ¿no habria debido sublevarse la conciencia cristiana contra un crimen que se agravaba todavía con acusaciones calumniosas contra las víctimas? ¡Pues que se cite una protesta que saliera de Roma contra la hecatombe! Existe una obra escrita en Roma sobre la San Bartolomé; mas es para glorificarla, y se intitula *Estratagema ó Ardid de Carlos IX contra los hugonotes rebeldes á Dios y á él* (1). El autor vivía en la corte del papa; era el órgano de la opinion católica, como él mismo lo dice, y escribió sobre el testimonio de personas graves y dignas de ser creidas. ¿Qué idea da de la matanza? La representa como el efecto de una larga premeditacion, de una santa arteria; y léjos de reprobar nada en la San Bartolomé, lo encuentra todo admirable y ve en todas partes la mano de Dios. Necesario es citar algun pasaje para que el lector lo crea, y tambien para que conozca cuál era la moralidad romana en una época en que la reaccion católica estaba en todo su fervor.

"Paréceme, dice el apologista de la San Bartolomé, que merece bien la grandeza de este hecho que no se pasó sin considerarlo de cerca, sin pesar diligentemente la *virtud* del rey, de la reina madre y de sus consejeros, al haber tomado un *partido tan noble y tan generoso*, al propio tiempo que la *destreza en manejarlo, el artificio y el ingenio para disimularlo, la prudencia y la discrecion de guardarlo en secreto*, y finalmente, la osadia y el valor de ejecutarlo y la gran dicha de llevarlo á cabo. Si se consideran atentamente todas estas cosas, no sólo se reconocerán dignas de eterna gloria, sino que no se puede negar que SUS AUTORES HAYAN SIDO ELEGIDOS POR EL SOBERANO REDENTOR COMO MINISTROS Y EJECUTORES DE SU VOLUNTAD ETERNA; y es fuerza tambien confesar que *este acto tan maravilloso ha sido premeditado, urdido y tratado muchos meses ántes y no sucedido por caso fortuito ó aventura*, como algunos dicen, cuya opinion se reconoce como falsa por tantas señales ciertas como

(1) Citamos la traduccion que se halla en los *Archives curieuses*, serie 1.^a, t. VII, p. 403.

hay de la intencion del rey y de la reina, intencion que hace tiempo manifestaron á diversas personas."

¡Admiremos la moralidad católica! ¡Cométese en honor de Dios el crimen más atroz que la historia registra, y el crimen se convierte en virtud y se cambia en gloria la infamia! Pero la matanza, en su horrible simplicidad, no satisface todavía el genio romano; necesita la astucia, la perfidia, la alevosia. Luégo se extasia ante tanta grandeza, y halla que excede á la debilidad humana, y atribuye su honor á Dios: los asesinos han sido elegidos por él para cumplir sus designios. ¡Dios, autor de la San Bartolomé! ¿Puede ir más allá el sacrilegio? Tal es, sin embargo, el pensamiento dominante de la apologia que analizamos: "*Si se considera la felicidad y la dicha de que un negocio de tan grande importancia haya llegado á tan buen fin y en tan breve tiempo, se viene siempre á esta conclusion necesaria, de que TODO HA SIDO UNA OBRA Y VOLUNTAD DE DIOS, QUIEN, MOVIDO DE PIEDAD Y COMPASION, HA QUERIDO VISITAR Á UN PUEBLO.*" Carlos IX hace por la astucia lo que no se habia podido hacer por la fuerza, "SIENDO CONDUCIDO Y GOBERNADO, COMO ES BIEN DE PRESUMIR, POR LA MANO DE DIOS." Perecen tres mil hugonotes sin que se derrame una sola gota de sangre de los católicos, "COSA QUE NO SE PUEDE ATRIBUIR SINO Á LA MANO PODEROSA DE DIOS Y Á UN MILAGRO SINGULAR..." Nada hay, ni aun la orden con que se hicieron los asesinatos, que "NO SE DEBA ATRIBUIR Á LA VOLUNTAD DE DIOS."

¡Tal es la opinion de un escritor que pertenece á la corte de Roma sobre una hecatombe que despues de tres siglos espanta todavía á la posteridad! Dificil es llevar más allá la aberracion moral. Pero era, se dirá, un oscuro fanático ese admirador de la San Bartolomé; ¿por qué hacer responsable á la Iglesia de las alucinaciones de un loco? *Capilupi* era, como él mismo lo dice, el órgano de la opinion católica. Por más que hemos consultado los testimonios contemporáneos, no hemos encontrado una palabra de reprobacion venida de Roma; siempre y en todas partes oimos gritos de alegria. Un hombre célebre por su talento en el bien decir, *Muret*, glorifica en un discurso dirigido al papa Gregorio la noche de San Bartolomé como una noche feliz sobre todas; el retórico dice que las estrellas brillaron con más vivo resplandor en aquella noche

funesta, y que las olas del Sena corrían con más abundancia, á fin de llevar más pronto al mar los cadáveres de los hombres impuros que á él fueron arrojados por los vencedores (1). El cardenal Santorio, que estuvo á punto de ser papa cuando la eleccion de Clemente VIII, celebra la jornada de San Bartolomé como la más querida de todas para los católicos (2). El cardenal de Lorena, cuya familia jugó tan triste papel en la matanza, escribió de Roma á Carlos IX para darle gracias por haber confirmado las noticias de las "CRISTIANÍSIMAS y heroicas deliberaciones y EJECUCIONES hechas, no sólo en París, sino en todas las principales ciudades de Francia.", "Señor, exclama en una efusion de alegría, es todo lo mejor que yo me hubiera atrevido jamas á desear y esperar.", (3). El mismo cardenal escribe á Granvella los detalles de la jornada que debía, dice, *causarle admiracion* (4); y "se regocija grandemente de que los de su casa, *por la singular clemencia de Dios*, hayan sido los ejecutores de un *hecho tan grande y tan memorable*", (5). Si los príncipes de la Iglesia veían una gracia divina en la admirable matanza de París, no hay que extrañar que Felipe II, el defensor del catolicismo, envidiara este golpe maestro á Carlos IX: lo que sobre todo excitaba la admiracion del rey inquisidor era *el largo disimulo de una tan grande empresa* (6). Apresuróse á felicitar á Catalina de Médicis *por este gran servicio prestado á la gloria y honor de Dios y al bien universal de la cristiandad* (7).

Hé ahí lo que pasaba en el extranjero. En París fueron animados á la matanza los asesinos por un milagro: inútil es decir quién lo fabricó. Oigamos la relacion de un contemporáneo: "Hacia el Mediodía se vió un espino florecido en el cementerio de San Inocencio. Tan luégo como el rumor se hubo extendido por la ciudad, acudió de todas partes el pueblo gritando: ¡Milagro! ¡milagro! y repicaron las campanas de alegría. Fué preciso, para contener á la muchedumbre y por temor de que se

(1) MURETI *Orat. XXII, pro Carolo IX, ad Gregorium XIII* (Op., t. I, p. 177).

(2) "Quel celebre giorno di S. Bartolommeo, lietissimo a cattolici" (RANKE, *die römischen Päpste*, t. II, p. 225, nota).

(3) CHAMPOLLION, en las *Notes de L'Estolle*, p. 25, extrait des manuscrits de la Bibliothèque.

(4) GROEN VAN PRINSTERER, *Archives de la Maison d'Orange*, tome IV, p. 255.

(5) *Archives curieuses*, serie I.^a, t. VII, p. 361.

(6) Carta del embajador de Francia en Madrid al rey (GROEN VAN PRINSTERER, Suplemento, p. 125).

(7) CAPEFIGUE, *Histoire de la Réforme*, t. III, p. 252.

descubriera y menospreciara el milagro, pues algunos estimaban que había habido artificio de algun monje, poner guardas alrededor del espino para impedir que el pueblo se acercase. *El pueblo volvió contento y satisfecho de ver el espino, PENSANDO QUE POR TAL SEÑAL APROBABA DIOS TODAS SUS ACCIONES*, (1). ¡Así aprueba Dios el asesinato é invierte las leyes de la naturaleza para alentar á los asesinos! Y no bastó esta impiedad: celebróse el aniversario de San Bartolomé con fiestas religiosas en el mismo París, donde no se podían ignorar los odiosos detalles de la matanza (2).

Por lo demas, ni una palabra de reprobacion; ¿qué digo? llueven escritos católicos para enaltecer *la gran victoria, el maravilloso triunfo contra los herejes maldecidos de Dios* (3). Un teólogo sostuvo que la San Bartolomé estaba autorizada por la doctrina de San Agustin, el más ilustre de los Padres latinos (4). La Iglesia tiene un medio de accion más directo y poderoso que la prensa, la palabra en la cátedra de la verdad: ¡en ella pronunciaron los obispos la apoteosis de los asesinos! "Carlos IX, exclamó uno de ellos, *SERÁ INMORTAL EN LOS CIELOS, será inmortal en la boca de los hombres, por haber expuesto su vida y su dignidad real á tantos peligros, EN FAVOR DE LA RELIGION y del pueblo... CON UN SOLO ACIO HA LEVANTADO EL TEMPLO, LA CRUZ, Y HA VUELTO Á COLOCAR EN LAS PAREDES LAS SANTAS IMÁGENES. LA LEY DEL CRISTO HA SIDO RESTABLECIDA EN EL REINO CRISTIANÍSIMO*", (5). Ni un remordimiento por la sangre derramada; léjos de eso, los celosos, los fanáticos no tuvieron más que un sentimiento, el de que se había tenido demasiada humanidad. Oigamos á Luis de Orleans: "No podemos perdonar la *cruel clemencia* y la *inhumana misericordia del día de San Bartolomé*, porque habiendo ocurrido en ese

(1) *Archives curieuses*, serie I.^a, t. VII, p. 155.—CAPILUPI no deja de prevalerse de este milagro en apoyo de su opinion de que la Saint-Barthélemy es la obra de Dios (Ib., p. 470).

(2) Carta de Guill. Cecil á lord Burghley, 1583 (WRIGHT, *Elizabeth*, t. II, p. 208): "Upon S. Bartholmeus Day, we had here solempn processions, and other tokens of triumph and joy, in remembrance of the slaughter committed this time eleven years past. But I doubt the y will not so triumph at the day of judgment."

(3) CAPEFIGUE, *Histoire de la Réforme*, t. III, p. 239, dice que se publicaron más de trescientos folletos para celebrar la Saint-Barthélemy.

(4) *Epistre de saint Augustin á Vincent, fort convenable au temps présent, tant pour retenir et remettre á l'unité de l'Eglise les hérétiques, comme pour y maintenir ceux qui y sont demeurés*. París, 1573.

(5) LABITTE, *La démocratie de la Ligue*, p. 7-10.

dia la crisis de nuestra enfermedad, y habiéndose ordenado una sangría muy saludable y provechosa para todo el cuerpo, *se sacó ménos sangre de la que se necesitaba para la salud de todos los miembros...* Siendo el hereje un miembro podrido y gangrenado que pierde los miembros vecinos, cortad, sajad, tronchad, no perdonad á parientes ni amigos, á príncipes ni súbditos, *porque para este fin ha puesto Dios la espada en las manos del rey, como el cuchillo en las del cirujano*, (1). Un jesuita expresó los mismos sentimientos: entre los papeles del reverendopadre Guignard se encontraron estas horribles palabras escritas de su mano: "*La única falta que se cometió en la matanza de los hugonotes fué que no se sacó bastante sangre y QUE SE LES DEJÓ UNA CIERTA SANGRE REAL QUE EMPEORÓ INMEDIATAMENTE LA ENFERMEDAD*", (2).

Los defensores de la Iglesia invocan una última excusa: no fué ella quien ordenó la matanza ni quien mandó á los asesinos. Pero ¡ay! ni aún esta triste excusa es fundada. En París, las pasiones, sobreexcitadas por predicaciones furibundas, no necesitaban ser llevadas al asesinato por la intervencion directa del clero: cuando los hombres de Iglesia han encendido el fuego de la hoguera, los santos varones procuran retirarse para cubrirse con el manto de una hipócrita caridad; se contentaron con fabricar un milagro para asegurar á los asesinos el apoyo y la proteccion del cielo. En las provincias había ménos furor; las órdenes sanguinarias que partieron de la corte encontraron resistencia; pero ¿fué en el clero? Los magistrados laicos tuvieron el valor de desobedecer al rey; y fueron los monjes quienes predicaron la matanza y forzaron la mano de las autoridades civiles (3).

Esa es la verdad acerca del papel que jugó la Iglesia en el espantoso drama del 24 de Agosto de 1572. No hay más que una sola excusa que se pueda alegar en favor de los asesinos y de sus cóm-

(1) *Archives curieuses*, serie I.^a, t. XI, p. 125 y siguientes.

(2) DE THOU, *Hist.*, lib. cxii.

(3) D'AUBIGNÉ, *Histoire universelle*, t. II, p. 27: "En Burdeos, el gobernador y con él el procurador y primer jurado, Mulet, hicieron lo que pudieron, para proporcionar con su dilacion medio de salvarse á los que querían tomar consejo; pero los jesuitas, y sobre todo Edmond Auger, predicaron que la espada del gobernador estaba metida en la vaina; que el Mulet (mulo) era una bestia bastarda que no había entrado en el arca, como tampoco el procurador general en la Iglesia: *que el Ángel de Dios había hecho maravillas en París, en Orleans y en otras partes; es preciso que este Ángel de Dios ejecute á los herejes en Burdeos, ó él ejecutará á Burdeos*."

plices, y es la de que no tenían conciencia de la enormidad de su crimen, y que, léjos de tenerla, se creían los órganos de la venganza y aún de la misericordia de Dios. Pero la excusa de los hombres es la condenacion de la Iglesia. ¿Quién ha pervertido el sentido moral hasta el punto de que se considere el asesinato como una obra santa cuando se comete por la causa de Dios? La orgullosa supersticion de la Iglesia católica, la cual proclama que es una con Dios, que es depositaria de la verdad revelada, que fuera de su seno no hay salvacion, que los que le resisten, resisten á Dios y son más culpables que los asesinos y los falsarios; que el deber de los príncipes es exterminar á los herejes, que la crueldad para con éstos se convierte en clemencia. Á la historia le incumbe ilustrar á los pueblos acerca de la trascendencia de esas pretensiones. ¡Se ha divinizado la San Bartolomé en nombre de una Iglesia que se dice una con Dios! La posteridad retrocede horrorizada ante ese espantoso sacrilegio: seamos consecuentes, y rechazemos también la confusion de la Iglesia y la Divinidad que ha inspirado el crimen y su apologia.

§ V.—El edicto de Nántes.

I.

La matanza de San Bartolomé fué inútil, como todos los crímenes políticos. No había trascurrido un año desde la terrible noche del 24 de Agosto, cuando Carlos IX se vió obligado á otorgar una nueva paz de religion á los hugonotes. El fin que perseguían los católicos, con el papa á la cabeza, era un imposible: querían exterminar á los reformados, como en el siglo XIII había exterminado la Iglesia á los herejes; se consideraba la cruzada que había dirigido Inocencio III contra los Albigenses como un ejemplo que se debía imitar, como una autoridad sagrada. Dirigiéndose á Gregorio XIV, el papa de la San Bartolomé, dice Muret: "Los sectarios de la Edad Media, que desertaron de la fe romana, fueron destruidos desde el primero hasta el último; la misma suerte espera á los nuevos herejes", (1). Tales eran también los sentimientos de los católicos franceses. Ya desde el año 1561, decía el parlamento en una representacion contra

(1) MURETI *Oratio XIII* (Op., t. I, p. 116).

el edicto de pacificación que "jamás se había consentido diversidad de religiones en Francia, y que cuando se habían producido errores, como en el siglo XIII, se había opuesto la resistencia oportuna para extirpar todo el mal," (1). La funesta guerra de los Albigenses fué el ideal de las furiosas gentes de la Liga: "Felipe Augusto, sabio y fiel médico del Estado, dice *Luis de Orleans*, curó á Francia de la peste albigense, no con edictos de pacificación, sino con la fuerza de las armas santamente levantadas, valerosa y lealmente empleadas y nunca envainadas hasta que se hubo extinguido el mal y curado enteramente el cuerpo," (2). El clero no cesaba de predicar que la paz era imposible con los herejes: "No hay otra paz que desear, decía, sino la que nos une con Dios; si se hace en su deshonra y es contraria á su voluntad, es abominable y vituperable, y en vez de una paz semejante debe alabarse y desearse la guerra; porque, como dice San Cirilo, donde se viola la religión, el buen cristiano renuncia al amor á sus hijos y hermanos, y prefiere la muerte á la vida, esperando encontrar con esta muerte una resurrección mejor y más gloriosa," (3). La verdadera paz de Dios, al decir de los predicadores, era la guerra á los herejes (4). La violencia había servido maravillosamente á los cruzados de Inocencio III; pero lo que había sido posible en la Edad Media no lo era ya en el siglo XVI: no se trataba ya de ahogar en sangre una herejía local; era una revolución lo que había que combatir, y esta revolución se extendía á toda la cristiandad. En una declaración, de 1585, de los jefes del partido hugonote se lee: "No es un rincón de Francia lo que ha abrazado este partido; no hay parte, ni región del cuerpo, ni casi una fibra donde no se sienta. Y no es sólo Francia quien persigue la reforma en la religión; ha sido un movimiento común de los Estados y naciones de nuestra Europa; reinos enteros se han separado del papa; más de la mitad de los imperios han entrado en este movimiento, y todos estos Estados concuerdan y simpatizan; y saben conocer perfectamente y evitar su propia ruina en la de su reino," (5). Proclamar en estas circunstancias una

(1) *Mémoires de Condé*, t. II, p. 354.

(2) *Archives curieuses*, serie I.^a, t. VII, p. 128.

(3) *Remembrances du clergé de France*, 1685 (*Mémoires de la Ligue*, t. I, p. 251).

(4) *Journal de L'Estoile*, en PETITOT, t. XLVI, p. 369.

(5) *Mémoires de la Ligue*, t. I, p. 193.

guerra á muerte contra los hugonotes era condenar la sociedad á una guerra eterna, es decir, á la disolución y á la muerte.

Las sociedades tienen necesidad de conservación; á veces se dejan llevar tras la prosecución de una idea imposible, pero el sentimiento de la realidad las detiene á tiempo para impedir su perdición. Á este instinto debe la humanidad las primeras palabras de tolerancia que se dejaron oír en medio de las guerras de religión. Desde un principio vieron los espíritus políticos que las pasiones religiosas llevaban á Francia á un callejón sin salida, y la gloria de *L'Hospital* es haber intentado la paz cuando católicos y protestantes no respiraban más que violencia. Él deseaba también la unidad en la religión, y sentía perderla como elemento de poder y de armonía; pero no quería el gran canciller que se empleara la fuerza para convertir á los hugonotes al seno de la Iglesia: "Necesitamos para lo sucesivo robustecernos con virtudes y buenas costumbres, y después asaltarlos con las armas de la caridad, con oraciones, persuasión, palabras de Dios, que son las propias para tal combate... Roguemos incesantemente á Dios por ellos; la dulzura servirá más que el rigor." Que no es fe la fe forzada: "La conciencia es de tal naturaleza que no puede ser forzada, pero debe ser enseñada; no dominada ni violada, sino persuadida por verdaderas y suficientes razones; y la fe misma, por el mero hecho de ser violentada, no es ya fe." No se podría, por otra parte, aún cuando se quisiera, destruir la Reforma por la persecución; los reyes han ensayado los suplicios y han visto que no era eficaz el remedio: "Las enfermedades del espíritu no se curan como las del cuerpo. La opinión se mueve por oraciones á Dios, por palabra y razón persuadidas," (1). La impotencia de las guerras de religión acabó por convencer á los espíritus más apasionados de la necesidad de la tolerancia.

L'Hospital dice al morir: "Yo he aconsejado y persuadido siempre, estimando que no hay nada tan dañoso para un país como una guerra civil, ni más beneficioso que la paz, bajo cualquiera condición que se haga." Esta opinión era en el fondo la de todos los católicos moderados. Catalina de Médicis escribió en 1561 al papa: "Hay algunas per-

(1) *L'HOSPITAL*, *Harangues* (*Œuvres*, t. I, p. 400, 402, 471, 324).

sonas de saber, movidas de buen celo, que dicen que nuestro santo padre podría aceptar en la comunión de la Iglesia á los que hicieran la confesión de su fe en los términos que los antiguos y como fué declarada por los seis concilios generales; que la diferencia de las demás opiniones no podría impedir que perteneciesen todos á la Iglesia," (1). Esta idea de ensanchar el círculo de la Iglesia es la más elevada tolerancia, y se produjo en los primeros Estados generales que fueron convocados para poner remedio á los males de Francia. En Pontoise y en Orleans se pronunciaron por la libertad religiosa la nobleza y el tercer estado. La nobleza dijo que "el resultado probaba que la persecución era inútil, y que, por otra parte, la diversidad de opiniones provenía del celo que tenía cada cual por la salvación de su alma, creyendo todos igualmente en Dios y en Jesucristo nuestro Salvador." El tercer estado fué todavía más explícito; emitió la opinión de que "había el remedio de permitir á los que no creyeran en santa conciencia que podían comulgar en las ceremonias de la Iglesia romana que se reunieran públicamente para ser instruidos y enseñados en la palabra de Dios... El Eterno pide principalmente, añade el tercer estado, á todas sus criaturas racionales el corazón y el afecto interior, los cuales no pueden intervenir ni ofrecerse cuando son violentados. Si, pues, los hugonotes son llevados, á su pesar y contra su conciencia, á las ceremonias de la Iglesia, no puede ser grato para Dios," (2).

La voz de la moderación no es escuchada jamás en el comienzo de las revoluciones; y así se necesitaron los sufrimientos y los crímenes de las guerras civiles para convertir á Francia á los sentimientos de *L'Hospital*. Al fin de la guerra escribe *La Noue*: "Pudiera decirse con verdad que si se dividiera en seis partes á los Franceses, se vería por lo menos á las cinco gemir y suplicar diariamente á Dios que le plazca dar á Francia un buen reposo y un buen establecimiento político, esperando el eclesiástico," (3). No había más que una voz respecto de la impotencia de la persecución y de las guerras religiosas. "¿De qué ha servido haber condenado á muerte por la fe á pobres gentes? ¿De qué han

servido el fuego, los suplicios, los cadalsos y los tormentos que se han empleado en Francia, en Inglaterra y en Alemania? ¿No hemos visto el gran poder del emperador Carlos V, que hacía temblar al mundo, emplear una diligencia casi increíble para encontrar medio de impedir que esa religión progresara? ¿No hemos visto el gran rigor que en sus edictos empleaba? Y á pesar de todo, nada obtenía... Todos los príncipes de la cristiandad estaban resueltos, juntamente con el papa, á exterminar á los protestantes; y, sin embargo, todo ha sido en vano," (1). "Más que Carlos V y su hijo, añade *Duplessis-Mornay*, han quemado, ahogado y vencido en muchas batallas durante cincuenta años nuestros reyes para acabar con los de esa religión en este reino, y siempre en vano," (2). La fuerza de las cosas condujo á católicos y hugonotes á tolerarse recíprocamente; y así cayó el gran argumento de la intolerancia, de que un Estado no puede existir con la diversidad de religiones: "Las dos confesiones, respondía *Duplessis-Mornay*, viven juntas en Alemania, en Polonia y en Suiza; ¿por qué habríamos de ser nosotros menos compatibles que los demás? Ellas han vivido en este reino; los particulares se avienen perfectamente con ellas bajo un mismo techo y en una misma casa; ¿por qué han de ser menos compatibles en las provincias? En el ejército de la Liga, los raitres (soldados alemanes de caballería) son luteranos, tienen sus ministros, sus prédicas, su cena; la misa y la prédica han podido conciliarse dentro de los ejércitos; ¿por qué no habían de conciliarse, mediante una paz pública, de vecino á vecino, de ciudadano á ciudadano?," (3). Aún suponiendo que fuera posible convertir á los herejes por la violencia, no habría derecho para hacerlo, afirmaba un hombre afiliado á las viejas creencias, un hombre que condenaba la Reforma porque había roto la unidad cristiana: *Estéban Pasquier* dice, en efecto, que Jesucristo reprueba la violencia en materia de religión; y cuando se le objetaba con la cruzada de Inocencio III, replicaba que no podría conceder jamás que las armas materiales de Montfort hubieran podido acabar con los Albigenses sin las santas ex-

(1) *Brief discours du roi Philippe II* (*Mémoires de Condé*, t. V, páginas 376, 383).

(2) DUPLESSIS-MORNAY, en las *Mémoires de la Ligue*, t. I, página 86.

(3) DUPLESSIS-MORNAY, *Réponse au catholique anglais* (*Archives curieuses*, t. XI, p. 239).